

## Cataluña en el siglo XVIII: la más progresista

En el siglo XVII, Cataluña, tanto por la cuestión del bandolerismo como por la larga Guerra dels Segadors, parecía condenada a ser un país de «vendettas» y rebeliones permanentes. Pero esta imagen resultó ser un espejismo que se desvaneció rápidamente a mediados del siglo XVIII, cuando el Principado se modernizó, se industrializó y se renovó en muy poco tiempo. El proceso fue tan profundo que ni tan sólo se vio frenado por la Guerra de Sucesión (1705-1714). Sin embargo, esta renovación apenas fue percibida desde Castilla, o más concretamente, desde la decadente literatura española del período. Sólo a finales de siglo los intelectuales ilustrados castellanos comienzan a darse cuenta de que Cataluña es bien distinta de aquel país de bandoleros y venganzas. Y, sin solución de continuidad, la anterior admiración hacia la Cataluña depositaria de las más rancias tradiciones del Antiguo Régimen es sustituida por la veneración, y hasta la envidia, hacia un país próspero, activo, moderno, emprendedor. De esta manera, el país que en el siglo anterior había sido el modelo de la ideología nobiliaria, ahora se convierte en el modelo de la ideología ilustrada.

El carácter catalán ya no se define por la ferocidad, sino por el amor al trabajo. Al esfumarse el tópico de la fiereza catalana y su correlato, el bandolerismo, se perdió la aureola romántica que tanto juego había dado a los novelistas y dramaturgos castellanos. De ahí que las referencias a Cataluña en la literatura castellana del XVIII sean más sociológicas que propiamente literarias.

Para Francisco Mariano Nifo, un publicista de amplia audiencia en su época, la prosperidad catalana es el ejemplo que hay que seguir: «Si en España fueran todos catalanes para la acción, serían todos agentes provechosos de la riqueza y aumentos del Estado».

En su largo recorrido por España, Antonio Ponz visitó Cataluña, y en su descripción de Barcelona destaca un detalle curioso: el aprovechamiento de los excrementos para abonar el campo. Esta costumbre, insólita en el resto de España, le parece a Ponz emblemática del espíritu productivo de los catalanes.

José Cadalso, en sus *Cartas marruecas* (1789), recoge las ideas más corrientes sobre los catalanes, a los que define por su laboriosidad y su espíritu mercantil, que les ha valido el sobrenombre de «los holandeses de España». Señala, sin embargo, que son poco sociables e interesados en exceso, «únicamente dedicados a su propia ganancia e interés», caracterización que persistirá hasta nuestros días fuera de Cataluña. Cadalso alaba su mercantilismo como virtud pública, como actitud socialmente rentable, pero se lo achaca como vicio en el ámbito privado. La austeridad derivada

del espíritu acumulador y competitivo del capitalismo chocaba así con la ostentación y el derroche propios de la mentalidad nobiliaria, que había calado hondo en el resto de España.

Jovellanos, nuestro intelectual ilustrado más destacado, habla de Cataluña en diversas ocasiones. En uno de sus ensayos, *Discurso sobre los medios de promover la felicidad de Asturias* (1781), propone que los asturianos comercialicen el pescado de sus costas, en vez de venderlo a los catalanes, que lo salan y después lo venden por toda España, incluso a los asturianos. Esta habilidad comercial es para Jovellanos ejemplo de que «una provincia puede suplir por medio del comercio a la falta de producciones naturales». La admiración por Cataluña se manifiesta también en los diarios del escritor, que elogia el cuidadoso aprovechamiento de las tierras cultivadas y de los bosques.

Una visión objetiva y oficial de Cataluña a finales del XVIII nos la proporciona el magistrado Francisco Zamora, en su *Diario de los viajes hechos en Cataluña*. Se trata de un informe de gran valor documental, en el que se certifica que la fama de trabajadores que tenían los catalanes era bien merecida: tanto en el campo como en la ciudad se trabajaba de sol a sol, y todos llevaban una vida austera y nada ostentosa.

Como colofón de estas visiones de Cataluña tiene especial interés la de Leandro Fernández de Moratín, que pasó varias estancias en Barcelona (1787, 1814-1817, 1820-1821). Su correspondencia nos permite estudiar sus impresiones sobre la realidad social catalana. Cuando llega a la ciudad condal, arrastra consigo una serie de prejuicios sobre la lengua catalana: «¿Cómo sufriré el canino aullido de las catalanas?» Años después, en 1814, se instala en la ciudad y empieza a aprender el catalán. Dos años más tarde ya se proclama firme admirador de Barcelona: «Mi resolución es la de no moverme de aquí, no trocar este pueblo por otro ninguno de España». Cuando sus amigos le proponen que vuelva a la capital, replica: «Aquí me estoy y aquí me estaré». Y en noviembre de 1820 dice: «Estos feroces catalanos me admiran y dicen que soy “mes català que els catalans mateixos”, y Dios sabe lo que hay en el asunto».

El escritor madrileño había llegado al Principado con la mente llena de tópicos, y poco a poco, casi sin darse cuenta, se fue integrando en la sociedad barcelonesa, llegando a ser considerado «mes català que els catalans mateixos». Es un buen ejemplo de cómo el contacto y la convivencia unen a las personas, por encima de lo tópicos y los prejuicios.

**Joan Estruch Tobella**

